

ENRIQUE RAMÍREZ CAPELLO

APUNTES

Eran páginas de tentaciónes. Abiertas a nostalgias, ilusiones y análisis. Agitadoras de sensaciones, atractivas y estimulantes.

En el hogarero refugio puentealtino, yo esperaba el mediodía.

Hora de recreo largo, de almuerzo con tres platos humeantes y la llegada de "Las Últimas Noticias". Con el recorte de la cordillera en su logotipo de pulseras letras gólicas.

En las centrales, la prosa sensible, artificiosa y gentil de Julio Martínez, comentarios de madrugada y anécdotas del fútbol; la columna sólida de Carlos Guerrero con matices nortinos; estilo aldeano, trazos de Melchípilla, de José Saldano en comentarios sobre tenis.

La tira cómica de Macabeo; estatura mesuradísima, bigote ennegrecido y sombrero con cinto gardeliano.

Magnetismo de Daniel de la Vega, casi decimonónico, elegante en la palabra, impresionista en la observación, universal en su mirada paródicamente pueblerina.

Los artículos de Eleazar Huerta y de Vicente Mengod, rescatados de la península con sus agudezas y rigores.

Era el poste, en la lectura de sosiego, reanudada al atardecer.

Allí descubrí los Versos de Ciego, la multitud de seudónimos de Homero Bascuán, solo años después descubrí que también lo era-, con su palabra humilde, desamarrada de la punta y la población.

Y la lectura concentrada en los ensayos de Luis Sánchez Latorre. Entraba en el laberinto de sus verbos, buscaba la llave para abrir los misterios de sus observaciones, un abrelatas para sacar el contenido de sus ironías. A veces apelaba al diccionario, al diálogo con los amigos, a las preguntas a profesores de castellano y de filosofía.

Reía con sus sarcasmos, cuando sólo hablaban de la solapa de un libro recién editado o de su tamaño. Confieso que, en oportunidades, yo rezaba por los dolores del autor criticado.

Algunas tardes me trasladaba desde la calle Concha y Toro a su barrio Yungay.

Pasaron los años.

Le escribí a Jota Eme. Me dio su bendición para que estudiara Periodismo. Llegué a la Universidad Católica. Casina en San Isidro 560. Barrio gris, tradición comercial, señoritas plis en la puerta que se acercaban. Patio con gallinas. Profesores que nos trasmisieron te. Guillermo Blanco y sus énfasis en la palpitación del idioma. Tantos. Entre ellos, Nicolás Velasco del Campo, impulsivo, cordial. Nos abrió la puerta de "Las Últimas Noticias".

Unos meses en deportes.

Edificio de Compañías y Morandé. Escala de mármol, en ambiente de aristocracia. Baranda de fierro en forja.

Así salí de lector a compañero.

Juli Martínez y Luis Sánchez Latorre fueron mis primeros jefes.

Pasaban de las páginas de mi infancia a los escritorios cercanos. Oficinas contiguas, con ampolletas timidas que colgaban con peresa. Máquinas de escribir con tocas ruidezas. Cartillas en ristras.

Muchos lo temían a Filebo, arrancado de Plazaón. Los escritores, avanzados o jóvenes. Los reporteros, a quienes obligaba a robarse seis o siete veces sus críticas.

Pronto me trasladé a su sección, con Homero Bascuán, el minero que no olvidó en su humildad sin imitación. Sánchez Latorre recibía a intelectuales, amigos.



Luis Sánchez Latorre.

Tertulias a media tarde. Conversaciones filosas, mientras tusabas sus bigotes a lo Puchón Villa.

Eran los hombres y mujeres que rodeaban mis tareas inaugurales en el periodismo. Hoy -a los 19 años-, en la sala América de la Biblioteca Nacional -rusosman en su libro "Memorabilia, impresiones y recuerdos". Lo presentaremos con Volodia Testelholm e Inés Vilenzuela.

En la colección "Entre maros", de la editorial LOM, reaparecen todos. O casi.

Hugo Goldsack, quien protestaba contra su madre por la cacofonía de su nombre con el apellido. Lo llamábamos "Maestro". Enciclopedia tras-

plantada al diario. Exhaustivo en la entrevista, notable en la anécdota, fomentador de lecturas. Como Filebo.

Otro. La memoria de Byron Giguix James, el ex director "pulcro para escribir y cochino para hablar". Don Vicho, el archivero de melena leonina, que bautizaba a todos con apodos carteros.

Homero, siempre el primero, según un pintoresco visitante de origen valdiviano. Alumno adicto de primer año de preparatoria y consagrado por la Academia Chilena de la Lengua por el buen uso del idioma. Hurtado, el vendedor de libros, con su largo abriguito de vela. Luis Rivas, desquiciado de su traje de carabinero, a la cacería de los primeros libros. Juan Florit, mallorquino gentil. Enrique Melchert, son su bigote a la manera de Dalí. Andrés Sabella, hermano que asomaba de cuando en cuando desde su Antofagasta.

Tertulias. Entonos, diarios al servicio de la inteligencia.

La cultura no asustaba a los editores. Se vivía. Se consagraba.

Filebo nos alertaba.

Reconoció su magisterio en esos escritores con ventanal desentonado a una calle humeante. Balcones para ver las tormentas políticas. La romería por la muerte de Luis Alberto Gasc, en acto de servicio. Romances en cafés aledaños. Bohemia en El Ciclista, Inés de Suárez, El Congreso y El Zepellín.

Acudían actores de los teatros céntricos. Enrique Lafourcade escribía con su acero y su refresco.

Sánchez Latorre hautizaba a unos, que transitaban por el camino de la excelencia literaria. Enterraba a muchos

con su estilo sarcástico hasta las fronteras del poliglo.

Yo creía que él era capaz de odiar a quienes se extraviaban entre obviedades, ramplonerías e imitaciones.

Pero día a día escuchaba la proclamación de su amor por Mimi Garfias, su mujer. "Única, todas", la sintetizaba.

Su "Memorabilia" no me sorprende, me robustece.

Recreo sus coloquios en el Santec: panecillos emanante-quillidos y las bändejitas con teteras humeantes, traídas por Alfredo Núñez. En nuestra mesa, Mario Cámpa y sus recuerdos de teatro.

Caminatas por Huérfanos. Títulos con ingenio. O en clave. Sus aficiones por los bravos Siete Muchos, con Fernando Díaz Palma, Iván Cienfuegos, Rigoberto Díaz Gronow y otros invasores de la noche.

Celebramos su Premio Nacional de Periodismo. Se estimulaba y reconocía a un padre. Lo pongo la firma. Acaso con una de sus lápices clásicos.

Comprador de diarios y revistas. Devorador.

Nos orientaba. Nos deleitaba.

Organizó el Congreso Latinoamericano de Escritores, y llevó su palabra al Teatro Municipal y las regiones.

Desde la presidencia de la Sociedad de Escritores unió dolor y humor. En horas de persecución, desamarró sus paralejas. Al modo crítico elogaba el IVA a los libros, en sus intenciones subterráneas de maza. Las autoridades, los burócratas -y algunas lectores- lo aceptaban literalmente.

Sus impresiones y recuerdos son un retrato de escritores. Irónicos, rápidos, ágiles. Un panorama de la literatura viva. A la manera de Filebo.

Periodista.

Impresiones y recuerdos de Filebo [artículo] Enrique Ramírez Capello

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Impresiones y recuerdos de Filebo [artículo] Enrique Ramírez Capello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa